

Ábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN, 11 DE JUNIO DE 1921

Número 6



CONCURSO
DE BELLEZA

ELISA
BOTERO
MEJIA



MEDELLIN, 1921

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLIN



VALOR
15

DIRECTORES:
CIRO MENDIA
GABRIEL CANO

SABADO

REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA
SOCIEDAD EDITORIAL
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 11 DE JUNIO DE 1921

Número 6°

DOÑA EMILIA

Para "SABADO"

Así, familiarmente, la llamaban en España. Cuando se decía: *Doña Emilia*, sabiase de sobra que se trataba de la ilustre Condesa de Pardo Bazán. Pero su celebridad, sobre todo ahora cuando acaba de entrar en el grupo de las que flotan, por sobre el olvido en que caen los que mueren, nos da derecho a llamarla sencillamente: *Emilia Pardo Bazán*. Como dicen en Italia Matilde Serao, a quien se asemeja mucho en lo físico, y como dicen en Francia Marcelle Tinayre.

La biografía de Emilia Pardo Bazán se identifica con su abundante y variada labor literaria. Fue una existencia consagrada a las letras, con el fervor de los predestinados y con la seguridad que da el talento. Nació en Galicia, en 1852, y muy joven empezó por donde empiezan casi todos los literatos: por versos.

Desde su primera novela, *Pascual López* (1877), obra de juventud y de ensayo, se reveló como narradora de valía, por la exacta observación de la vida, por el estilo castizo y armonioso, y por la virilidad del tema, muy superior a lo que podía esperarse en España de una mujer.

Después de tan feliz tanteo, su producción novelesca fue constante y casi siempre acertada, hasta culminar en aquellas dos novelas que pueden ponerse en primera línea con las mejores del género, entre las españolas, por la fuerza del conjunto, por el realismo y la brillantez de las escenas y de los personajes y por la gracia de las descripciones. Nos referimos a *Los Pazos de Ulloa* y a su segunda parte *La Madre Naturaleza*, que forman un doble drama originalísimo, conducido con naturalidad y arte, en un modesto ambiente gallego, pero que por su grandeza humana pertenecen al saldo selecto que va quedando en la literatura. Refiriéndose a estas dos obras, en su libro *Le roman espagnol contemporain*, dice Vézinet: «Le Realisme de Madame Pardo Bazán est sincère, puissant, apaisé...»

A su fecunda cosecha novelesca entreveraba doña Emilia numerosos estudios críticos, sorprendentes por la erudición y el estudio que representau, entretenidos e instructivos libros de viaje, polémicas

ingeniosas, crónicas de actualidad y gran número de cuentos, cortos y amenos, a estilo francés, en los que fue especialista. Si en el teatro no resaltarón sus ensayos dramáticos, no por eso dejaban de corresponder a un esfuerzo noble y a un talento universal y robusto.

Quizá su pluma se prodigó en extremo, con perjuicio de esa perfección que deben buscar todos los creadores, pues ojalá hubiera escrito apenas media docena de novelas como *Los Pazos de Ulloa*, en vez de las veinte que dejó publicadas, entre las cuales hay alguna de escaso valor, sobre todo por la pobreza del argumento.

Una actividad literaria prodigiosa mantenía el cerebro de doña Emilia en constante ebullición, y en su apresuramiento procedía a veces con injusticia y ligereza, lo que le ocasionó fuertes polémicas con ilustres literatos, como Pereda y «Clarín». El primero le enrostró ese defecto en un artículo titulado: «Las comezónes de la señora Pardo Bazán», que rompe así: «Una cuando menos, que la consume y devora, padece la buena doña Emilia, de un tiempo acá: la comezón de meterse en todo, de entender en todo y de fallar en todo, como si el público no pudiera pasarse sin ella un sólo día en las columnas de los periódicos y en la pompa de los grandes espectáculos».

Cuando se trata de doña Emilia como escritora, no se puede prescindir de considerarla como mujer, por dos motivos: porque su calidad de hembra le impidió llegar a la Academia Española, y porque, siendo mujer, católica y monarquista, y por añadidura dama de noble abolengo y de alta posición social, tuvo el valor de sostener con empeño la causa del naturalismo, contra escritores como Valera, que se permitía decir adefesios como éste: «La moda más extravagante y absurda, en mi sentir, que se pueda imaginar, es esta del naturalismo...»

Y sin embargo, fue Valera quizás el único enemigo del naturalismo que se propuso estudiar a fondo esta escuela, aunque con el único fin de hallarla detestable. Pereda no conocía siquiera por el forro, como suele decirse, a los naturalistas franceses, y de Galdós se cuenta que nunca llegó a leer a los Goncourt... Todavía se ignoran hoy en España las obras de algunos naturalistas de segunda fila, como Céard, Hennique, Lemonnier, Bonetain, Duranty etc.



Doña EMILIA PARDO BAZAN

(Caricatura por Bagaria)

En cambio, Emilia Pardo Bazán conocía al detalle la moderna literatura de Francia, cuya influencia se observa fácilmente en sus novelas y en sus cuentos. *La cuestión palpitante* es un libro crítico que produjo en España una revolución literaria y que ayudó notablemente a la reacción realista. «Madame Pardo Bazán—dice Vézinet—est un critique littéraire de grande pénétration et de grande envergure».

Parecía absurdo a Zola que una católica vencida perteneciera a la escuela naturalista, creyendo seguramente que doña Emilia aceptaba de plano sus teorías. Era católica y no dejaba pasar ocasión de decirlo, pero no fanática, como lo escribía a don Luis Alfonso: «No alienta en mí ese espíritu exageradamente religioso que usted me atribuye, si por espíritu exageradamente religioso se ha de entender la ceguera del fanatismo o la vociferación del enérgico»...

Defendió a Zola, de quien se tenía entonces en España una idea estúpida, y refiriéndose a él y a Daudet, dijo: «Cuántos creen que en las obras de estos dos ilustres innovadores, del primero especialmente, todo es prosa vulgar, más aún, prosa fea!» Mucho valor se necesitaba entonces en España, no sólo para defender a Zola, sino para que una dama confesara que había leído novelas como *Naná* y *Pot-Bouille*! Pero no era el ideal literario de doña Emilia seguir al pie de la letra la doctrina de Médán: «Opiné y sigo opinando—decía—que se debe poner el límite muchísimo más allá que Octavio Feuillet y otros novelistas de agua con azúcarillo, y hasta más acá que Zola».

Su juicio sobre Pierre Loti, cuando éste fue admitido en la Academia francesa, en competencia con Zola, es digno de recordarse: «En mi sentir, Pedro Loti no pasa de ser un novelista de segunda fila, o más bien que novelista, pintor de teteras y bionbos».....

La entrada de doña Emilia a la Academia, fue motivo de que se planteara en España este problema feminista, que hasta entonces no se había presentado por falta de una escritora de verdadero genio. Pero pudo más la rutina y la flojez de esa Corporación, que se resiente de su origen antiguo y oficial. En cambio, doña Emilia fue Presidenta del Ateneo de Madrid, y presidiendo una de sus sesiones públicas la conocimos hace ya bastantes años.

En la Academia Española de la Lengua, doña Emilia habría figurado con honra y brillo, al lado de los mejores representantes de las letras. Escritores mediocres y casi anónimos se han sentado allí, sin que su calidad de hombres sea suficiente para explicar semejante distinción. Y eso que en España no se ha dado el caso extraño de Francia, en donde no pertenecieron a la Academia los mejores novelistas del siglo pasado; ni Balzac, ni Flaubert, ni Goucourt, ni Zola, ni Maupassant, ni Daudet,...

Anheló doña Emilia ser de la Academia no por que esto aumentase su fama y su gloria, demasiado reconocidas, sino por conseguir para su sexo un triunfo tan señalado. «Dentro del terreno literario—escribió alguna vez—no hay varones ni hembras: hay escritores que sufren inevitablemente las modificaciones inherentes al gusto estético de su edad; y cuando el historiador, con espíritu sereno y maduro juicio, reseña los fastos de las letras, no se le ocurre cavilar en si conviene más a una mujer el estilo de Santa Teresa o el de doña María de Zayas,

el de Victoria Colonna o el de Jorge Sand. Estudia a la artista, la considera en relación a su época, pesa los quilates de su mérito intrínseco, lo mismo que haría con un hombre; sólo este modo de proceder es literario, y usted, crítico tan distinguido (*se refería a don Luis Alfonso*) está obligado a conformarse a él, sacando de su error a las damas que usted dice se asustan, y acaso creen que hay dos literaturas, una femenina, que trasciende a brisas de violetas, otra masculina, que apesta a cigarro...»

Creemos que pasará mucho tiempo sin que se presente en España una mujer con mejores títulos que Emilia Pardo Bazán para ocupar uno de los sillones que parecen dar derecho a esa inmortalidad que ella ganó en buena lid, con el sólo esfuerzo de su ingenio y de su pluma.

Bernardo VELEZ



Confiada en una promesa, llevaba tres años de trabajar en secreto para preparar su equipo de novia, cuando recibió una carta en que él se declaraba libre del compromiso. Habían sido sueños de niño esas primeras ilusiones que todos se forman. La realidad surgía apremiante: en la casa de comercio de Bilbao donde estaba colocado, le asociarían, si se casaba con la hija del dueño: era todo su porvenir aquella boda, y tiraría por la ventana el porvenir si la rechazase. Que Elvira se hiciese cargo, y le perdonase y creyese firmemente en el cariño que había de profesarle siempre. La misiva era franca, de un tono cordial, con ribetes de humilde. La prosa hablaba por boca del antiguo novio. Lo que decía era cierto: no había respuesta ni objeción posible. Elvira, sin embargo, encontraba algo que oponer. Toda su juventud, que había sacrificado: iba a cumplir veintinueve y no había conocido otro amor ni otra esperanza. Coser aquel equipo modesto, representaba cientos de noches de velar hasta el amanecer, con los ojos hinchados, la vista desvanecida. A cada puntada se figuraba lo que la iba a suceder cuando estrenase la prenda, cuando Miguel se la alabase, cuando por ella se encandilase el amor.... Y ahora, una carta.... un pedazo de papel.... y todo acabado....!

Sus nervios respondieron al golpe: cayó sobre el sofá, retorciéndose, conteniéndose para no gritar. Un diluvio de lágrimas desenlazó la crisis. Lo demás lo hizo el hábito de la paciencia, contraído en ausencia tan larga. Una idea cruzó por su imaginación. ¿Sería una prueba a que Miguel la sometía? Acaso, porque él se había mostrado a veces celoso, dudoso, como sucede cuando se está lejos.... Recogió del suelo la carta, la releyó.... Era el tono de la verdad, de la amarga verdad.

No había duda.

Elvira no era romántica. Nunca se había dicho a sí misma, pensando en Miguel: «O su amor, o la muerte». Se muere de las tifoideas, de las tuberculosis, de las pulmonías: de amor mal pagado, no se muere. Estas eran las convicciones de Elvira. Al menos cuando estuviese en su estado normal, sin pena alguna, sentada en su cierre de cristales, haciendo un

doblado o pegando una puntilla... Pero, en aquel cruel momento de su vivir, con sinceridad, con sencillez, la muerte le pareció como la única solución que restaba. Empezar otra vez a forjarse un porvenir; arrancarse del alma no sólo aquel cariño, sino todo lo que era su consecuencia y su corolario, el hogar, la maternidad, que había cifrado en un solo hombre, y que no veía manera de cifrar en otros.

diferente, porque ni aun concebía la idea de que ese otro pudiese existir, ni ella darse cuenta de que existía... Creía, además, que para todo fuese ya tarde. No era el amor cosa que se repitiese; venía sólo una vez. Elvira era de la madera de aquellas cristianas de los tiempos primitivos, que escribían en su losa sepulcral: *Univira*: De uno solo... Y no había sido de ninguno; y la fatalidad quería que no llegase a serlo. ¿Qué objeto podía ya tener su existir?

Su madre había vuelto a casarse a los dos años de morir el padre de Elvira. Y era feliz en las segundas nupcias: el marido, empleado de corto sueldo, la quería mucho y administraba bien la pequeña fortuna. Pero ni Elvira, ni su hermano Ramón, cesaban de abominar de tal boda. Ramón, por no vivir con su padrastro, a quien detestaba sin razón suficiente, se había ido a la América del Sur. Elvira, cuando pensaba en Miguel, se decía, ante todo, que, al casarse, también ella dejaría de ver la odiada figura del padrastro. Su instinto de justicia la dictaba que no debía aborrecerle, pero hay anti-patías que no se razonan, que están, por decirlo así, en la masa de la sangre, en el secreto fondo de nuestra sensibilidad, y Elvira no podía ni oír la voz del que para dentro llamaba «aquel hombre», sin experimentar una contracción repulsiva. Ahora—pensaba—toda mi vida a su lado; y estoy condenada a verle, a tratarle futuramente, hasta que sea muy vieja, muy vieja... Y añadía sin violencia, con convicción: Eso no puede ser. Hay que evitar eso, a toda costa, de cualquier manera.

La tarde caía, cuando meditaba en estas cosas. Pudo alegar una jaqueca, y no bajó a cenar. No concebía tragar bocado, y por una sensación frecuente en los grandes dolores, en que los nervios actúan sobre el estómago, le parecía también increíble que ni entonces ni nunca pasase por su tragadero alimento alguno. Hasta despreciaba la tal idea. ¡Coñer! ¡Para qué! Pensaba en lo que hubiera sido su casa, su mesita limpia y frugal, cuando con Miguel estuviese unida y se sentase el uno frente al otro, saboreando alegremente el pan, el cocido. Ahora...

Febribil, daba vueltas en la cama. Se repetía a sí misma que «había que hacer algo, algo». Lo que fuese ese algo, ni aun lo presumía. Como la cuerda de un reloj loco, su cerebro se desataba y disparaba en pensamientos sin hilación. Tan pronto se le ocurría que arrojarse por la ventana no debía de doler mucho, pues había oído decir que en ese género de muerte no se llega ya al suelo con vida, como resol-

vía tomar el tren, irse a Bilbao, ver a Miguel no defintía con qué objeto. Verle. Era como el sorbo de agua que pide por amor de Dios, en el campo de batalla, el herido agonizante.

Hay un suplicio en estas crisis psicológicas: ver amanecer, sin que en toda la noche se haya conciliado el sueño. El día—con sus llamamientos a la vida real, con la gente que se pone en contacto con la gente—sucediendo a una vigilia de calentura, parece algo horrible, insoportable. Maldijo Elvira, en vez de bendecirla, la luz, que empezaba a filtrarse por las rendijas de las ventanas. Se enderezó en el lecho, saburrosa la boca, secas las fauces, dolorida la cabeza, molidos los huesos como después de una fatiga física muy larga y muy quebrantadora. Cuando por fin saltó de la cama, sintió náuseas. Prosaico fenómeno, bien diferente de las poéticas señales de sentimiento que se describen, en novelas y dramas, en casos como el de la abandonada, cuyos sucesos se narran aquí. Náuseas, la sensación del mareo de mar, aunque Elvira no hubiese pisado nunca una playa, sujeta a la vida estrecha de Madrid por lo exiguo de sus medios... Y se apretó la frente con las manos, y devolvió la bilis, que como onda amarga invadía todo su cuerpo, derramándose por las venas y haciendo amarillarse su tez... Se miró



Doña EMILIA PARDO BAZAN

al espejo maquinalmente.

Fea, estaba muy fea... Era natural que Miguel la hubiese plantado. ¡Bah!

Y de nuevo tuvo otra explosión de lágrimas... Mordía la almohada para no gritar. En las casas pequeñas, la queja no puede ser ruidosa. Al otro lado del pasillo dormían sus padres... ¡Sus padres! No. Su madre. Y aun ésa, amodorrada en una dicha insípida, no era capaz de compartir los sufrimientos de su hija. Lo mismo que había dejado marchar al hijo, sin hacerle cadena de sus brazos, la dejaría morir a ella tranquilamente.

¡Sola! Elvira estaba sola, para siempre, en este mundo que unas veces parece tan lleno, y otras es como llanura infinita, donde no pasa un sér humano, y todo es arena, arena y tierra secatoná, retostada por el sol. Se pasó un poco de agua por la cara, se puso el abrigo largo y el velillo, y a paso furtivo salió de casa y bajó las escaleras. No sabía dónde iba. Huía de sí propia, de su menaje, de su familia, de todo lo pasado, hasta del equipo, del bonito equipo orlado de espumas de encaje de imitación, pero finos y vaporosos, y tan lindamente marcados con cifras y escuditos, sobre el sitio que correspondía al corazón.

Al poner el pie en la acera, sólo sabía Elvira que no quería volver a su casa jamás. ¿Por qué? No había explicación alguna. En su casa no la trataban mal; al contrario, más bien con cariño. Lo que se hace reflexivamente es mucho menos de lo que se hace por mera impulsión, bajo el influjo de circunstancias y sentires. En tales momentos, cada cual es la suprema razón de sí propio, y nadie puede preguntarle el mó-

vil de sus actos. Aun entre las acciones excusables o lícitas, hay muchas que no se justifican, que no tienen un fin determinado. Por otra parte, nadie le preguntó nada a Elvira. En su abandono, al menos era libre.

Sentía como un gran vacío en todo su sér. Acaso fuese hambre. El olor de los buñuelos que freían en la buñolería de enfrente, la estomagó. Notó, de nuevo, las arcadas. La buñolera, gorda y sucia, la daba los buenos días.

—Adiós, señorita Elvira, que aproveche el pa-seño, tan temprano... El día está hermoso...

Huyó sin contestar; las calles estaban solitarias aún, pero empujaban a poblar; los primeros coches de punto rodaban rápidos, animados, todavía sin la cansera de la jornada laboriosa. Sacudían alfombras por los balcones las criadas madrugueras. Los cafés se abrían. Elvira apretó el paso sin saber lo que le apremiaba. Un mozo guapín, acaso un estudiante, se cruzó con ella, la miró y la dirigió una sonrisa luminosa, juvenil. El pipero brotó como espontáneo:

—¡Qué guapa es usted, y qué triste está!

Las lágrimas acudieron a los ojos, ante este consuelo inesperado. ¡Guapa! ¡Había quién la encon-traba guapa, después de haberla abandonado Miguel!

—¿Me permite usted que la acompaño?

Ante el silencio de Elvira, el mozo emparejó con ella. La hablaba de cerca, al oído, brindando desayunos, ofreciendo cariños, susurrando galanterías. Ella callaba, callaba siempre, sorprendida de que no la fuese desagradable oír hablar de amor. La cara de aquel hombre ni la había mirado: su voz era cálida, fresca, y su acento, andaluz. Elvira, al fin, alzó la cabeza, e hizo un gesto de negación, un solo gesto... pero tan expresivo y trágico, que el madrugador Tenorio se desvió, viendo allí un dolor grande, algo terrible, sin duda, una historia seria, distinta de aquel dulce y ligero devaneo que iniciaba. Hasta le había parecido ver lucir en aquellos ojos un fulgor de insensatez... Y se detuvo y la dejó avanzar.

Ella siguió, subiendo hacia Alcaíá. La batahola de los tranvías la aturdió un instante. La inspiración fue rápida, casual. Con la luzidez que se desarrolla en los momentos supremos, calculó el movimiento perfectamente. No se arrojó hasta que ya no pudo el conductor frenar poco ni mucho. El pesado vehículo pasó por encima del pecho, magulló contra el corazón las costillas. Instantáneo todo.

La Condesa de PARDO BAZAN



Para "SABADO"

Nuestro Departamento ha adquirido una personalidad definida y distinta de las demás regiones que forman la Nación, no sólo por su raza y por su territorio, sino también por la idiosincrasia de sus habitantes; nuestra afición al chiste fundado en la exageración, es una muestra de nuestra psicología, pues en Antioquia todo tiene relieves marcados: grandes son las virtudes y grandes igualmente los defectos.

En una busca de viejos papeles tropezamos con la ley que fue origen interrumpido de la Antioquia de

hoy, constitucionalmente hablando, y de allí nació nuestro deseo de apuntar las diversas transformaciones que ha sufrido desde que se inició la independencia. Las disertaciones históricas tienen siempre su interés, sobre todo en pueblos que son algo más que mucedumbres y que comprenden la solidaridad que se establece entre todas las generaciones.

En todas las vicisitudes constitucionales por que ha pasado la Nación, Antioquia se conserva, con pocas e insignificantes variaciones, en lo que toca a su territorio, como que sus límites acríncios han constituido una dificultad para modificarlos por medio de disposiciones legislativas. Aun cuando fue la Ley de 14 de abril de 1855 la que restableció la Provincia de Antioquia, parece más lógico considerar que fue la de 11 de junio del año siguiente la que creó el verdadero Estado de Antioquia que hoy existe y que fue respetado por las Constituciones posteriormente dictadas, menos en lo que se refiere a su régimen constitucional.

Iniciada la independencia de Antioquia, se reunió «en la muy noble y leal ciudad de Santiago de Arma de Rionegro», en el Palacio de la Suprema Junta, el Serenísimo Colegio Electoral que expidió la Constitución de 1812,—firmada el 21 de marzo y aceptada por el pueblo el 3 de mayo,—en virtud de la cual asumió su soberanía. Ese documento, llamado «sabio» por notables comentaristas, es la fuente del Derecho Público antioqueño: en Rionegro nació la Antioquia soberana.

Creada la Gran Colombia—hermoso ideal que acarició el Libertador y que sólo fue fugaz realidad—por el histórico Congreso de Angostura, en 1819, lo que hoy es Colombia entró como un departamento, con el nombre de Cundinamarca, en la nueva nacionalidad. Antioquia perdió entonces su autonomía junto con su categoría provincial, y no vuelve a aparecer sino en 1821 como una de las provincias que integran el Departamento de Cundinamarca, en virtud de la Ley de 8 de octubre, expedida por el Congreso de Cúcuta, que dividió el territorio colombiano en departamentos.

Deshecha la Gran Colombia, merced a las disinciones políticas que entonces empezaron a arreciar, la Provincia de Antioquia es elevada, el 10 de mayo de 1830, a la categoría de Departamento, separándose de la del de Cundinamarca, y con ese carácter permanece hasta 1832, año en que la Convención Constituyente suprimió los Departamentos y volvió a Antioquia a su condición de Provincia.

En el año de 1851 sufre un cambio más significativo. El Congreso, a moción de los Representantes doctores Román de Hoyos y Orbezgo, hizo del territorio antioqueño tres provincias, por la Ley de 15 de mayo: la de Antioquia, con capital en la ciudad de Antioquia y compuesta de los Cantones de Antioquia y Santa Rosa; la de Medellín, con capital en la ciudad de Medellín y compuesta de los Cantones de Medellín y Nordeste y del Distrito parroquial de Santo Domingo; y la de Córdoba, con capital en la ciudad de Rionegro, compuesta de los Cantones de Rionegro, Marinilla y Salamina. Esta medida desagradó a los antioqueños del centro y dió origen el levantamiento del general Eusebio Borrero, en Medellín, el mismo día en que debían posesionarse los Gobernado-

res, nombrados, y proclamó un Estado federal compuesto de aquellas provincias. Sin embargo, éstas funcionaron y se dieron sus constituciones propias.

Por Ley de 14 de abril de 1855 vuelve a reintegrarse la Provincia de Antioquia, compuesta de las tres que existían en esa fecha, y al año siguiente la Ley de 11 de junio le dió la denominación de Estado de Antioquia, y así sigue hasta el año de 1858, en que se organizó la Confederación Granadina por la Constitución de ese año, en la cual privó la idea de pacto sobre la institucional.

Proclamada la guerra de 1860, en virtud de la cual se rompió aquel pacto de confederación perpetua, entran en vigencia, primeramente el Pacto de Cartagena, celebrado en 1860 entre el general Mosquera, Gobernador del Cauca, y el general Juan José Nieto, Gobernador de Bolívar—al cual se unieron los otros Estados—, y luego el Pacto de Unión celebrado en Bogotá en 1861. A estos tratados fue extraña Antioquia, pues permaneció adicta al Gobierno federal, y por esa razón hubo de someterse por las

armas, y se incorporó a la Nación en virtud del tratado celebrado en la Aldea de María el 13 de octubre de 1862.

La ilustre Convención de Rionegro, reunida a raíz de la guerra, expidió la Constitución de 1863, que es propiamente un pacto: "Los Estados Soberanos de Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima, creados respectivamente (sic) por los actos de 27 de febrero de 1855, 11 de junio de 1856, 13 de mayo de 1857, 15 de junio del mismo año, 12 de abril de 1861, 3 de septiembre del mismo año, se unen i confederan a perpetuidad, consultando su seguridad exterior i recíproco auxilio i forman una Nación libre, soberana e independiente bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia".

En el año de 1886 se expidió la Constitución que hoy rige, de carácter centralista e institucional, y dispuso que "las secciones que componían la Unión Colombiana, denominadas Estados y territorios nacionales, continuarán siendo parte territorial de la República de Colombia, conservando los mismos límites y bajo la denominación de Departamentos". De suerte que siendo el Estado creado el 11 de junio de 1856 el que entró a pactar en la Constitución de Rionegro, y habiendo declarado la de 1886 que ese mismo Estado continuaba con el carácter de Departamento, parece—como lo dijimos arriba—que el verdadero origen constitucional de la actual Antioquia es la Ley de 11 de junio de 1856.

En 1905 la Asamblea Constituyente y Legislativa quitó al Departamento una parte al Sur, de lo que era la antigua Provincia de Córdoba, y creó el Departamento de Caldas, que subsiste hoy. Más tarde, en 1908, la misma Asamblea subdividió lo que de Antioquia quedaba, en cuatro Departamentos denominados Medellín capital Medellín, Antioquia capital Antioquia, Sonsón capital Sonsón y Jericó capital Jericó, medida que poco duró por no tener sólido fundamento, pues el Congreso de 1909 dictó una ley que empezó a regir en 1910, por la cual se reintegró el Departamento de Antioquia.

Lázaro TOBON



Figuras principales de la Compañía Dramática Gobelay-Fábregas, que visitará próximamente a Medellín.

Arriba: Señorita Marta Fábregas, primera actriz; abajo, Señor Gonzalo Gobelay, primer actor



DI A LA MAS BELLA IG



ELISA BOTERO MEJIA

*Dícennos que desde hoy eres la Reina,
y que pleito homenaje te debemos:
que de tu augusta voluntad depende
nuestro destino entero.*

*Mas dícennos al par que tus encantos
te valieron el cetro y la corona:
que entre las bellas de las bellas eres
la más bella de todas.*

*Oprímenos, azótanos, enciérranos
proscribenos, humíllanos o mátanos:
quítanos libertad, honor y vida:
¡pero que te veamos!*

*La carne fina del rosal de Atenas,
el barro sacro de la Venus manca,
a la victoria de tus gracias plenas,
abrió su entraña prestigiosa y blanca.*

*Y entre el nidal que tu vencer proclama
deja pensando tu silueta breve,
en sí contigo el mármol será llama,
o serás tú, tras sus abrazos, nieve.*

*Loor a tí, Señora, de Belleza Elegida!
Gloria al Céforo lleno de este jardín real
que primó en los rosales de tu Gracia Florida!
Del magnífico Oriente que decora tu egida,
Helios, súbdito, guía tu carroza triunfal!*

○
¿Quién es ésta que sube del Desierto como
columnita de humo, sahumada de mirra y
de incienso y bañada de aromas?

CANTAR DE LOS CANTARES

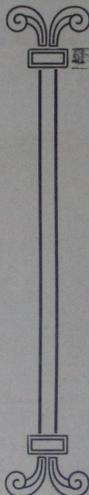
*¿A qué agregar palabras incoloras
al augusto cantar de su belleza?
A qué ofrecerle nuestros pobres versos
—opaca y triste y reducida ofrenda—,
si podemos tomar de los Cantares
un gajo que enredar a su diadema?*

○
*La vio el zafiro, y murmuró: Qué encanto!
Y el diamante la dijo: ¡Eres preciosa!
Y susurró la perla dolorosa:
Muy bella yo sí soy, ¡pero no tanto!
Llegó Elisa al jardín. . . Y habló el acanto:
¡Qué maravilla! Y el clavel: Qué hermosa!
Y resongó la rosa:
Muy bella yo sí soy, ¡pero no tanto!*

DEL CONCURSO DE BELLEZA



Srta. MARIA LOPEZ TRUJILLO



Srta. GABRIELA SUAREZ JARAMILLO

Tríptico azul y blanco

El llanto de una flauta en la amorosa
soledad de la tarde; la florida
obliación de un rosal en la gloriosa
primavera de luces encendida;

el rayo de la luna silenciosa
en la fontana azul de agua dormida;
el cielo; el ruiseñor; el sol; la rosa;
el Bien; el Arte; el Corazón; la Vida;

la fragancia sutil de la arboleda
armoniosa; la lágrima que rueda
por las mejillas de la bienamada;

un abrazo de madre, y el regreso
al hogar, y el azul de tu mirada;
Hé aquí, señora, lo que vale un beso.

◀◀

Amar tu alma deliciosa y suave
y bella, aun mucho más que tu belleza,
donde el dolor cristalizado reza
y es perfume, y es música, y es ave.

Alma que tiene por radiosa llave
el amor, que es la miel de la tristeza;
alma que llena de delicadeza
a todo aquel que comprenderla sabe.

Amar tu alma lírica, yo quiero,
y que sea en la mía cual lucero
entre enlutadas nubes pavorosas . . .

¡Ház que tu alma me dé sus dones puros
ya que también en los leprosos muros
suelen, más blancas, florecer las rosas . . . !

◀◀

El Blanco y el Azul son mis colores
ideales, después de conocerle:
la transparencia de tus manos vierte
el blanco anhelo de las blancas flores.

Las lámparas de todos mis dolores
son tus ojos azules. El más fuerte,
con tu suave mirada se convierte
en el siervo feliz de tus amores.

Yo me pienso que tú, cuando te mueras,
por la divinidad de tus despojos,
habrá bajo la tierra, en sus arcanos,

cielo y flores, y sol y primaveras,
porque ¡Dios mío de mi amor! ¡qué ojos!
porque ¡Dios mío de mi amor! ¡qué manos!

Ciro MENDIA

Inéditos.

LOS CUENTOS DE "SABADO"
ESTA SI ES BOLA

Julita se deshabeta, entre sollozos y clamores. La infamia del golpe era lo de menos; sino que ese monstruo malaentraña la había precipitado, desde las cumbres de la felicidad, a los abismos de la desgracia. Cómplice del delito era el tío Eladio, por no mandar dinero; mamá, por no haber confinado a la finca al delincuente; Ubalda, por hacerle tantos mimos.

¿Qué cuenta le daría ella a Vallecilla? Si se buscaba la bola, lo sabría, al punto, por tanto entrometido como había en Medellín. Ni la bola parecería tampoco. El corazón se lo avisaba. Había que ocultar la desgracia, a todo trance. El enojo de Javier, las burlas de las envidiosas, la vergüenza, no lo soportaba ella. ¿Qué podría disculparla; qué podría decirle? ¡Ay, Dios mío, qué horrible era la vida!

La madre, ignorante, hasta entonces, de los arcanos de amor e ilusiones que la pelota encierra, se contagia de la locura. Negros agüeros la acometen en bandada; siente, con más violencia que nunca, esa angustia en el estómago que siempre le presagiaba desdicha. Lloro, reza, gira, andorrea, las manos en la cabeza, el cuerpo inclinado por el agobio. «San Cayetano, mi queridito, reparanos esa bola. Vos sabrés cómo. Mirá que si se le daña el casamiento, nos amolamos bien amoladas».

¿Qué día! Después de esas palabras tan duras que le había dicho ese grosero, dueño de la casa; después de haberle humillado, como a una mujer despreciable, venir este loco furioso a ponerlas en estos trabajos tan horribles. Y para eso que no había ni riesgo de que se largara para la finca, aunque se viera comido de deudas y hecho un cochambre. ¿Quién sabía qué pega-pega del enemigo malo tendría por ahí! ¡Valientes jóvenes tan fatales eran los de ahora! ¡Pobre su muchachita! Otro Vallecilla no volvería a conseguir, por más que fuese la más linda y más admirada de Medellín. ¿Qué hombre! Tan rico, tan buen mozo, tan cachaco, con esa educación, con esos sentimientos tan bonitos. Se le veía a leguas la nobleza. ¡Figuráranse: Vallecilla y Sinisterra y Valdemoros! Porque por allá, por esos lados del Valle del Cauca, si era donde había gente bien principal y acaudalada. ¡Y ver estos patojos de por aquí. Tan interesados y mercedos. Cualquiera Sangrabota se hacía de mi alma si la pretendida no tenía de veinte millones para arriba. Seguro que iba a toparse con otra mejor que Julita. Esperara en una pata. Vallecilla era tal que ni por la cosa de la bola se disgustaría; pero esa malvada pérdida, a lo mejor del cuento, siempre tenía que traerles muchísimas desgracias. Esa bola tenía que parecer, de todos modos, porque Vallecilla era la tabla de salvación: con Vallecilla nada se le daba de la tal crisis; sin Vallecilla se la comerían los perros; sin remedio que se la comerían. Cosa rara: en su amontonamiento no se le ocurre ni anotar siquiera el testarazo del hermano a la hermana. No le cabe en el cacumen que eso signifique algo; más sí que debe reforzar la manda condicional a San Cayetano, y al consabido altar le agrega seis candeleros de a tres cuartas.

Ha olvidado cerrar, y corre a enmendar el yerro; pero al abrir el trasportón ¡Dios la ampare!

Marciana, Naudín, en persona; Marciana la más ofuscadora de las cuatro.

—¿Qué fué, Ilduarita?—indaga en cuanto le echa la vista encima—¿por qué está así?

—Por nada, niña. . . Bobadas que no faltan.

—Pero ¿por bobadas se pone así?

—Pues fué que Julita amaneció hoy atacada.

Allá está en el cuarto llorando a moco tendido; y por trastearse se dio hasta un golpe en la barandilla del catre; pero eso no es nada, niña.

—¿No será que está en solfa con Vallecilla?

—No, no, niña: si ellos no pelearon sino una mera vez y no aguantaron ni dos días. Ahora están felices. Eso es la cadavizada, como decía Castañeda. Si así soy yo y así era mi mamita y todos los que tenemos de Cadavida. O si no, vea: ya cerró la puerta.

—Eso es solfa.

—¿No le digo que nó, Marciana?

—Pero ¿cómo estaban de güetes con la bola?

—Hoy ni la ha sacado!

—¿Y Millo?, ¿dónde está que no lo siento?

—El. . . durmiendo.

—De veras que él vive al revés. Pero usted, Ilduarita, no habrá almorzado; no hemos visto cerrar el portón.

¡Ay, no poder amasar a este demonio!

—Ni he almorzado, ni tengo gana.

—No, Ilduarita; vaya almuerce, que se pone peor.

La obsecuente amiga se alza y agrega:

—Vaya. Pásese siquiera unos huevos. Yo más bien me voy y vuelvo luego con los bolillos, a ver cómo la consolamos.

Bolillos le diera ella por las costillas. Si no fuera por Vallecilla, al camellón de la Asomadera se iría ella, con tal de salir de estas vecinas. Y no ser ella capaz de echarles una raspa, para ver si se enojaban. Era que los trabajos ponían a uno como una oveja trasquilada. Pero, si cortaba con ellas, peor se pondrían de atibonzas y fatales. Todas sus penas le venían siempre bien adornadas.

Como se le rebotara el amor propio, con la reticencia de Marciana, no cierra el portón. Váse sola al comedor, porque los dos retoños siguen en el encierro. Ahí se traga, con alifio de lágrimas, unas cuantas cucharadas de un fermentido sancucho que no quebrantara vigilia, y, encima, bogada, como decimos, una taza de agua de panela.

—Guárdele a aquel muchacho lo que pueda,

—le indica a Ubalda—pero no lo toque: que venga él mismo a buscarlo, si le da su gana. ¡Valiente criatura!

—¡Alí! ce un potajito de una pezuña que me fiaron; pero yotampoco pensaba rogame. Es que me tiene tan caliente con el sosquín que le metió a La Niña. Si como fue en la tusta, hubiera sido en la cara, ¡hincha un ojo. El siempre que sale de noche, amanece con la vena, y más hoy que no le conseguí cigarrillos.

—¿Y salió anoche?

—¡Válgame, niña Ilduara! Usted si volvió al es-

tado de l' inocencia, y tan moza. Si es contada la noche que no sale!

—Mi palabra que no sabia.

—Yo pensaba que se hacia la desentendida, como es usted de misteriosa. . .

—¡Qué misteriosa! No tenia idea.

—Es que él no sale sino de media noche p'al día y vuelve al amanecer. Como manija la llave de la puerta falsa. . . Hay veces, como hoy, que ya me topa levantada.

—Ave María! qué muchacho! (con tapada de ojos). Y ve una cosa, Ubalda: apenas te desocupés...

Ruido de auto y golpes entonados en el transportón, le cortan el discurso.

Por la rejilla asoma un penacho. Ese adorno le faltaba: visita del copete. Ubalda acude y abre el salón. La señora, previa sobadura de ojos y repaso de traje, sale sonreída y satisfecha. ¡Qué milagro! El abracio es tan cordial como elegante: nada menos que la gran Lucy de Torreones. Viene a pedir órdenes para Bogotá. Por fortuna, es cosa corta y sin té, que, si nó, hasta un soponcio le sobreviene.

El auto que voltea y el portón que se cierra. ¡Fueran al mismo diablo los bolillos de la asidua! Vuela a la cocina, antes de que abra el dragón.

—Ve, Ubaldita, lo que te iba a decir: date una vueltecita, por las casas de esta manzana, y averigüés, con mucho disimulo, a ver dónde cayó la bola. En alguna parte debió caer.

—¡Virgen Santísima! niña Ilduara! Usted si es verdad qué chocha a los cuarenta y tres años. Vea, ni San Antonio se la topa. El niño la mandó a la quinta porra. Como ha sido él pa rumbear piedra... Acuérdese en la finca, que avanzaba, desde el patio, hasta la cocina de los Metautes. Acuérdese de las calenturas d' esos taitas ladinos.

—Andá, Ubalda, en un momentico: verás que se encuentra.

—Será por tan chiquitas que son estas manzanas, que parecen tres aratas. Con todo el rigor de oficio que hay en esta casa ¿me voy a ir de boba de puerta en puerta? Ni porque fuera la Sábana Santa. Contrímás esa bobada.

—Andá, Ubalda, no siás desconsiderada.

—Desconsiderada? ¡Dito sia mi Dios! ¡Y que me lo diga usted! Eso es lo que sacamos las tristes sirvientas.

—Vea, Ubalda; no me venga, ahora, con sus cantaleas: ya sé que ha sido muy buena; y vaya búsqeme la bola. Vea si remedia la hazaña de su niño consentido.

—Rabia que le daría de vela, toda empendejada, con esa perdedera de tiempo.

—¡Por supuesto! A usted le parece una hazaña muy grande todo lo que haga ese loco. Usted tiene la culpa de todas sus malquerias.

—Asina será, ¿a que usted lo dice. Hasta yo haber incurrido. Pero ultimadamente, yo no tengo mando en él. Si dende que se gujó del colegio y se remontó, l'hubiera puesto oficio, ni estaría asina: animal que se deja en el rastrojo se lo comen los gusanos.

—¿Qué oficio le iba yo a poner a ese maula?

—Cualquera, niña Ilduara. El quería aprender talabarteria; él quería poner tienda de viveres; él cuidó de bestias; él volvese pa la finca; pero nada desto le glió a usted. Todo le parecía oficios de negros montañeros. Harto le rogó don Eladio; harto le rogué yo que no lo dejara suelto. Y sacamos lo que el negro del sermón. Nos vinimos d' onde nada nos faltaba, a esta perdición de Medellín, quizque pa' educar Los Niños y disfrutar. Y ya ve el resultado.

—No sea malhablada.

—¿Malhablada, niña Ilduara? ¡Ay, ay! ¿Qué es lo que hemos hecho en este maldito Medellín? Botar en ociosidades y en pecaderas todo el platel que les dejó el difunto don Castañeda; dale de jartar a tanto rico y cuidar a tanto lambón, pa quedanos a chupe y déjeme el cabo y debiendo hasta las orejas. Eso es todo.

—Bonito día escogió usted para sus imprudencias. Me voy por no oírla.

Váse; pero Ubalda, detrás.

—Más que le pese—continúa ella en cuerda—. Ya ve El Niño: hecho una porquería. Ya ve La Niña: con esos vestidos tan puercos; ociquando por la ventana, con ese hombre tan azaroso, que ni la palabra le cumplirá. Y usted pinturiando con ellos, como una muchacha, calle arriba y calle abajo, en esos autos, y en esas vagamundías de sus cines y de sus comedias. Ya se ve: una casa onde se almita esos bailes de agarrao, en que todos los caimanes sorrotrican a las niñas, y onde no se reza el rosario y se va a misa cuando hay lujos nuevos, asntes no ha pasado nada.

Torna a la cocina y sigue predicando, a falta de pececillos mediterráneos, a la paila de conserva del negocio:

Que si ella fuera como el gual, ya había volado lejos al ver el «esqueleto sin hebra de brincha»; pero que todo lo soportaba por Los Niños; todo: hasta los insultos de ese «usurero vendepresa». Que, según le oyerá predicar al Padre Salamanca, las benditas ánimas de padres y de madres velan, desde el purgatorio, cuanto pasaba en sus casas; y que allá estaría padeciendo el ánima del difunto don Castañeda, sin que nadie le rezara una oración. ¡Cuánto sufriría, él que había sido de tanta religión y señorío!

¿Y qué hace? Pues calla, para murmurar, a propia hora, *Los tres padrecuernos del camarero*, mientras bate aquel menjúre de sidra, que borbolea en esa paila bienhechora.

En el silencio de esa casa, donde se esconden cuatro almas atribuladas, se siente, en tal momento, bisbeo memoroso e insistente, en la urdimbre medio seca de un *Recuerdo*, que libra la cocina del poniente. Tal vez no sea el viento: más bien, los espíritus familiares, guardianes de este hogar, que bendicen a la pobre vieja que no ha dejado extinguirlo. Acaso, el alma de Pedro Emilio Castañeda, que le da gracias.

Tomás CARRASQUILLA

(Terminará en el número próximo).



F E M E N I N A S

ALMAS

Para "SABADO"

En los altares de la Diosa Belleza, todos habéis dejado alguna vez vuestra ofrenda. Quién por unos ojos de sombra y de misterio; quién por unas manos transparentes y blancas. Otros por los labios en flor y los cabellos de luz y de seda de la Bienamada.

Todos adoráis la belleza, pero qué pocos conocéis las almas...

Almas de mujeres... Almas ocultas, que a fuerza de sutir se purifican...

Almas delicadas y frágiles como un cristal, que al menor golpe del Destino, se han roto para siempre... Almas tristes. Urnas de melancolía...

Sencillas almas de mujer-niña, con aroma y blancura de azucenas.

¡Almas! ¡Fuentes de luz! Dejad la sombra de vuestro sagrario, para que iluminéis los senderos de la Vida!

Adoradores de la Belleza; quitad a ésta el alma y no tendréis más que un puñado de tierra. En cambio, las almas solas podrán lucir eternamente!...

Madama AZUL

EL MENDIGO

Para "SABADO"

La tarde va cayendo dulcemente. Por la ancha avenida que sombrean las ramas de copudos árboles que riega el Río, manteniéndolos en constante verdura, va y viene la multitud indiferente, llevando en su mirada, impregnada de la belleza de esa tarde de verano, la alegría desbordante que llena sus corazones.

Un mendigo viejo y achacoso, implora de todos con qué llevar un pedazo de pan a su familia. Casi todos continúan su camino, sin escuchar las voces suplicantes del anciano, y en larga caminata siguen charlando y se oyen sus risas a lo lejos. También, como ellos, él había disfrutado de riquezas que su mala cabeza había perdido.

Sólo uno que otro se detiene; deposita en la mano alargada un centavo, y sigue sonriente, con la dulce satisfacción imborrable que deja en el alma toda obra buena. Talvez sepan de la dura miseria del anciano; quizás como él han sentido los dolores y privaciones de una vida paupérrima y por eso se conmueven. Hay dolores en la vida que necesitan un poco de experiencia para comprenderlos.

Agoniza la tarde; todo ya quieto y en silencio, infunde en el alma ese respeto y recogimiento interior de las tardes hermosas; la luna empieza a sonreír por entre las ramas de los árboles e ilumina al pobre mendigo que permanece como clavado en el mismo sitio. ¿Qué pensará? Ya nadie va ni viene, y los alegres paseantes estarán de regreso en sus hogares. ¡Felices los que oyen, todavía allá en sus almas, el «Dios le pague» del infeliz mendigo!

OFELIA

PARA EL TEATRO

El excesivo adorno en una mujer la vulgariza.

Acostumbran por lo general las mujeres, para ir al teatro, acicalarse todo lo más que pueden, hasta ponerse inconocibles. Por supuesto que si es bueno un poco de esmero y un tantico de arte, pero no pasar de los límites. El blanco muy exagerado da un demacramiento terrible en la cara, y ¿qué decir si es del rosa que se abusa? Estas exageraciones son para las que trabajan en las tablas, no para las espectadoras.

En varias ciudades, por lo general, usan infinidad de adornos para la cabeza, tales como plumas, flores, diademas, broches de brillantes etc., para asistir a funciones teatrales, pero soy de opinión que estas galas, les sientan mejor o las artistas, a excepción de las diademas y broches de brillantes. Las diademas sientan deliciosas sobre las frentes cubiertas de rizos de las jovencitas, y a su vez les da una galanura delicada y elegante; en cuanto a los brillantes, éstos son casi de rigor para las señoras. En estas funciones de luz artificial se pueden lucir muchas joyas que poco uso tienen durante el día, es decir, collares de brillantes, pulseras, aretes, pendientes y otras mil chucherías que dan un bonito golpe de vista durante la noche y pierden todo su efecto al llegar la luz del día.

Las fiestas de gala requieren lujo, vestido de rigurosa etiqueta, sin mangas y descotado; no así para las otras funciones: a ellas se puede ir con trajes de paseo.

La moda de guantes para el teatro se ha abolido por completo; es una buena idea ésta: los guantes estorban muchísimo en funciones que se prolongan hasta cuatro horas, y no solamente estorban sino que acaloran las manos, y luego se quitan sin precaución alguna, lo que puede ser nocivo.

MAGOLA

Especial para SABADO

LIRICA ANTIGUA

MADRIGAL

Besos mi Campaspé jugaba un día con Cupido a las cartas. El perdía. Flechas, arco y carcaj, las maternales palomas, la pareja de pardales perdió también: jugar entonces osa el coral de sus labios y la rosa de sus mejillas, y perdió igualmente. La divina tersura de su frente y el hoyuelo gentil de su mejilla gana mi Campaspé, y él no se humilla: sus dos ojos se atreve a jugar luego, y ella gana y Cupido queda ciego. ¿Si al mismo amor inflige tal castigo, dime ¡oh Dios! ¡ay de mí! ¿qué haré conmigo?

JUAN LYLÝ

Juan Lylý nació en 1850 y murió en 1898. Escribió maravillosas obras en el período shakespeariano, como «Alejandro y Campaspé», «La Mujer en la Luna», «Santo y Padres», «Midas», y sobre todo la novela «Suphanes», de la que se originó el conceptismo inglés conocido con el nombre de «Ezranismo».

INFANTILES

VIAJES EN AEROPLANO

Para "SABADO"

Y mientras en su casa todos eran presa de grave y dolorosa ansiedad, provocada por su fortuita salida y larga ausencia, Fernando se extasiaba ante el espectáculo maravilloso que abría a sus ojos el descenso del sol tras los montes lejanos. Muy alto debía de estar el aparato, porque para ellos había aún luz, una luz suave y discreta que les llegaba en pulverizaciones doradas, mientras la tierra estaba sumida en tinieblas, tanto más densas cuanto más cercana estu viera de los montes.

Ante este extraño fenómeno de alta claridad incabable, Fernando, como si recordase de improviso sus lecciones de Geografía Celeste, preguntó al Avia-

—¿Tendremos siempre esta luz, si a medida que el sol baja, ascendemos nosotros?

—Por mucho rato la veremos—dijo el Piloto—, mas no como una luz clara, sino como irradiación semejante al crepúsculo que se advierte a prima noche en el verano. Te explicaré mejor: si el aeroplano continúa elevándose en la misma proporción que lo hace el sol en el hemisferio opuesto, nosotros podríamos llegar a darnos cuenta de un fenómeno curioso y sugestivo, que prueba la redondez de la Tierra, y es la irradiación solar sobre las nubes que están a ras del horizonte. Pero, como es natural, ésta se apagaría al acercarse el sol al Zenit de ese hemisferio, para reaparecer el fenómeno desde las primeras horas de la madrugada, y entonces nos daría una aurora más larga.

Buen rato meditó Fernando sobre esta lección sencilla y objetiva, que tan claramente le explicaba un fenómeno que nunca pudo enseñarle el viejo profesor del Colegio abandonado. En su mente se abría una luz nueva y con ella veía la inutilidad de los años perdidos frente a los mapas o clavado sobre los libros de textos.

—¿De qué nos sirvieron aquellas lecciones aprendidas de memoria?—se decía.—A estas horas, en casa, mientras afuera canta el agua, y murmuran los jardines, y la vida es reina y señora de las cosas, yo estaría acodado sobre los viejos textos, oscuros y difusos, pugnando por meter dentro de mi cabeza largas

y pesadas páginas, para recitarlas, incomprendidas, punto por punto, en las clases de mañana... ¿Y ahora?... Unas pocas horas de rara e inefable emoción han bastado para que a mi espíritu se llegue, con sutiles pasos, el conocimiento de las cosas. A Nane, la dulce abuela que ensayaba un enojo imposible con mis calificaciones rebajadas, he de decirle muy pronto cómo este su nieto no es el niño inútil y descuidado que ella suponía. Nó...! Yo he de ser un hombre digno, sucesor de mi padre!

De sus meditaciones lo arrancó un brusco movimiento del aparato. Era la transición entre el ascenso y el descenso, al disminuir gradualmente el impulso casi vertiginoso que llevaba el motor.

—Bajámos...?—preguntó.

—Sí—contestó el Avia-

—Vamos ya en vuelo planeado, en busca de un lugar para aterrizar. ¿Sabes tú sobre qué lugar estamos?

Miró Fernando hacia abajo. Oscura estaba la tierra como una caverna, cuyas paredes perpendiculares fuesen las sombras de los montes circundantes. Lentamente los ojos se acostumbraron a penetrar la capa de tinieblas, y de ellas fueron surgiendo los objetos, borrosamente dibujados, como los signos de una escritura sobre la cual se hubiese vaciado un frasco de tinta.

—Veo frente a nosotros—dijo el niño—la mole de las montañas que se extienden oblicuas hacia el Valle, surcada de arroyos blancos; en el fondo diviso manchas distintas; advierto casi la cuenca del río...

—Creo que estamos sobre «Machado».

Poco después aterrizaron felizmente sobre los hermosos campos de «Niquia».

Una vez en tierra, y mientras se preparaban a dormir en improvisada tienda de campaña, preguntó Fernando con acento suplicante:

—¿Pero me dejará usted aquí?

—De ninguna manera—repuso el piloto.—Mañana seguiremos nuestro viaje geográfico.

Y en esa noche, Fernando soñó...

JOTA Y EFE



Niños MARIO y ALFONSO JARAMILLO SANTAMARIA



DE LOS LIBROS

Era una mañana gris, de un gris muy suave. Las clemátidas, entrelazadas con la para silvestre, con sus campanillas de matices varios, formaban un florido marco. Acabábamos de comer, y hablábamos como personas que nada nuevo tienen qué decirse. Era una de esas horas en que el tiempo sigue su curso como un río tranquilo; le vemos correr, y cada palabra es una piedrecilla que lanzamos. Hablábamos del color de los ojos de Susana, inagotable asunto de conversación para nosotros.

—Son de un azul pizarra.

—Tienen un tono de oro viejo y de sopa de cebolla.

—Tienen reflejos verdes.

—Todo es verdad: son prodigiosos.

Anatole FRANCE

Desde la iglesia hasta el poblado se hunde el camino en la vega, entre campos feraces y tierras de labrantío recién sembradas de maíz. Limitan el paisaje los montes que se embravecen escalando las nubes pálidas de un cielo dulce, un poco entristecido, y sobre el alisal a medio vestir por el verde lozano de las hojas nuevas, se mece, como una copla fugitiva, el rumor sollozante de las arroyadas.

Concha ESPINA

Si gustais de los sitios agrestes, en donde el agua está conversando con el silencio eternamente, y las plantas en apiñadas agrupaciones forman circuitos que son palacios de náyadas y sílfides, mirad aquí esta gruta como esas donde Calipso prometía felicidad inmortal al viejo rey de Itaca. La Peña, en socavón curioso, compone una bóveda adornada de estalactitas que son obra maestra de la naturaleza; al pie de ella está brotando a la continua un caudal de agua purísima, cuyo lecho taracean peladillas de colores varios: fino césped suaveza y enverdece el suelo, mientras las plantas trepadoras suben por las paredes y forman inextricables laberintos con los árboles que circundan la fuente. Un cáliz enorme de color de púrpura está colgado de una rama cabizbaja, y toca y no toca las ondas que en hinchada rebosadura se derraman por las orillas: las flores del campo, la bella unión silvestre, el pajarito azul de pico largo agracian los alrededores, sin género de ruido sino es el murmurio del agua y el zumbido de los insectos que debajo de la hierba llevan la comedia de su vida

Juan MONTALVO

LA CASA DE TODOS

—A la más bella.—La página de poesías breves que hoy publicamos bajo el título *A la más bella*, fue formada en un concurso de improvisación abierto incidentalmente en la Redacción de *Silbado*, la cual no sabe cuál es el autor de cada una de las composiciones.

La suscripción en favor del Internado de niñas pobres.—La suscripción iniciada por nuestro colaborador don Luis Emiro Mejía en el número 5 de la Revista, en favor del Internado gratuito de niñas pobres de la Escuela Modelo número 1, va teniendo buen resultado. Hasta hoy han ofrecido suscribir cuotas semanales permanentes las siguientes personas

Don Luis Emiro Mejía
Don Gabriel Cano
Don Carlos Mejía Angel
Don Agapito Betancur
Doña Elena Villegas v. de Cano
Don Manuel A. Lalinde
Don Enrique Upegui U.
Don Francisco Cárdenas V.
Don José María Betancur C.
Señorita Ana Robledo
Señorita Leonor Cano V.
Don Alfredo Agudelo
Don Alfonso Vásquez
Don Joaquín G. Ramirez
Señorita Lola Restrepo
N. N.

Acertijo.—En qué se parece a la crisis este número:
954.494.851

Comprimidos

+	T	IO	hd
		id	sm
	+	id	!

IOOIEL 50150U60

Imitación.—Un matrimonio discutía acaloradamente delante de su hija pequeña:

—Decididamente, no hemos podido vivir de acuerdo, decía el marido. Siempre te empeñas en llevarme la contraria.

—Pues, mi querido, contestó la esposa en el colmo de la ira, nadie lo obligó a que se casara conmigo. . . . Eso hubiera sido lo mejor: no hubiéramos casado.

Esto que oye la nena y rompe a llorar.

—¿Por qué lloras, almártaga? le grita el padre.

Y la chica contesta gimiendo:

—Porque si ustedes no se hubieran casado, ¿qué hacía yo tan guíerfara; sin papá ni mamá?

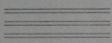
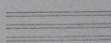
• Un fenómeno.—

Un lectorcito de «SABADO», que apenas deletrea, repasaba con delectación la Revista, y se detuvo ante el hermoso dibujo de Vieco, que tiene por leyenda: *Silva muerto*. Después de largo esfuerzo, el niño deletreó la leyenda, corrió hacia su madre, y entre asustado y curioso, le preguntó:

—Mamacita: ¿este señor por qué silba muerto?



Inauguración del HOTEL PALATINO, montado recientemente, con gran lujo en el Palacio Amador.

LLEGARON CIGARRILLOS
"PALMA HABANOS" 
y
 "PALMA CORRIENTE"
Fumé, volví a fumar y no
fumaré de otros



Almacén de
ALBERTO Y CARLOS LINCE
Artículos finos para hombre

SI SON LEGITIMOS
y muy baratos, los sombreros
"BORSALINOS"
Que está vendiendo el acreditado
Almacén A. B. C.

La Revista "SABADO"
suplica el envío de toda clase de foto-
gráficas que puedan ser publicadas en
sus páginas, y ofrece pagar las que sean
aceptadas por la Junta de Revisión

CANUTO TORO M.
ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local
que ocupaba "La Primavera"
VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL
Teléfono 2-8-5
Es exclusivamente de contado toda venta al detal.

PAGO ANTICIPADO

La Revista SABADO no servirá suscripciones
sin el pago anticipado de su valor.

Todo suscriptor deberá renovar su abono al ter-
minar el que haya pagado, pues de no hacerlo
así, la Administración le suspenderá el envío.

La Empresa está segura de que es la única for-
ma de adquirir vida larga e independiente, y por
lo tanto no hará excepción ninguna en este sentido.

SOCIEDAD EDITORIAL LITERARIA
Propietaria de la Revista «SABADO»

Vino espumoso Gancia. Italiano, finí-
simo propio para grados, matrimonios etc.

Vino Tokay Extra. Tinto, espumoso, aro-
mático, de un delicioso sabor

Vino Moscato Passito. El mejor, el más
solicitado de los vinos para damas

Vino Evangelio. Conocidísimo y fuera de
concurso

DROGUERIA CENTRAL



Hechos positivos

Cada día aumenta el crédito de nuestro calzado. Ello se debe a lo siguiente:

Materiales: Empleamos únicamente materiales finos, de lo cual se ha ido convenciendo el público mismo.

Acabado: Nos esmeramos por presentar cada día mejor la obra, y lo hemos conseguido.

Precios: Está probado que los nuestros no admiten competencia.

Servicio: Atendemos a nuestra clientela con esmero, y no omitimos esfuerzo para dejarla complacida.

Visite nuestro Almacén, hágase Ud. nuestro cliente, y se convencerá de lo que le decimos.

Cía. de Calzado "Reysol"

Edificio Lalinde, N°. 238

Calle de Colombia.